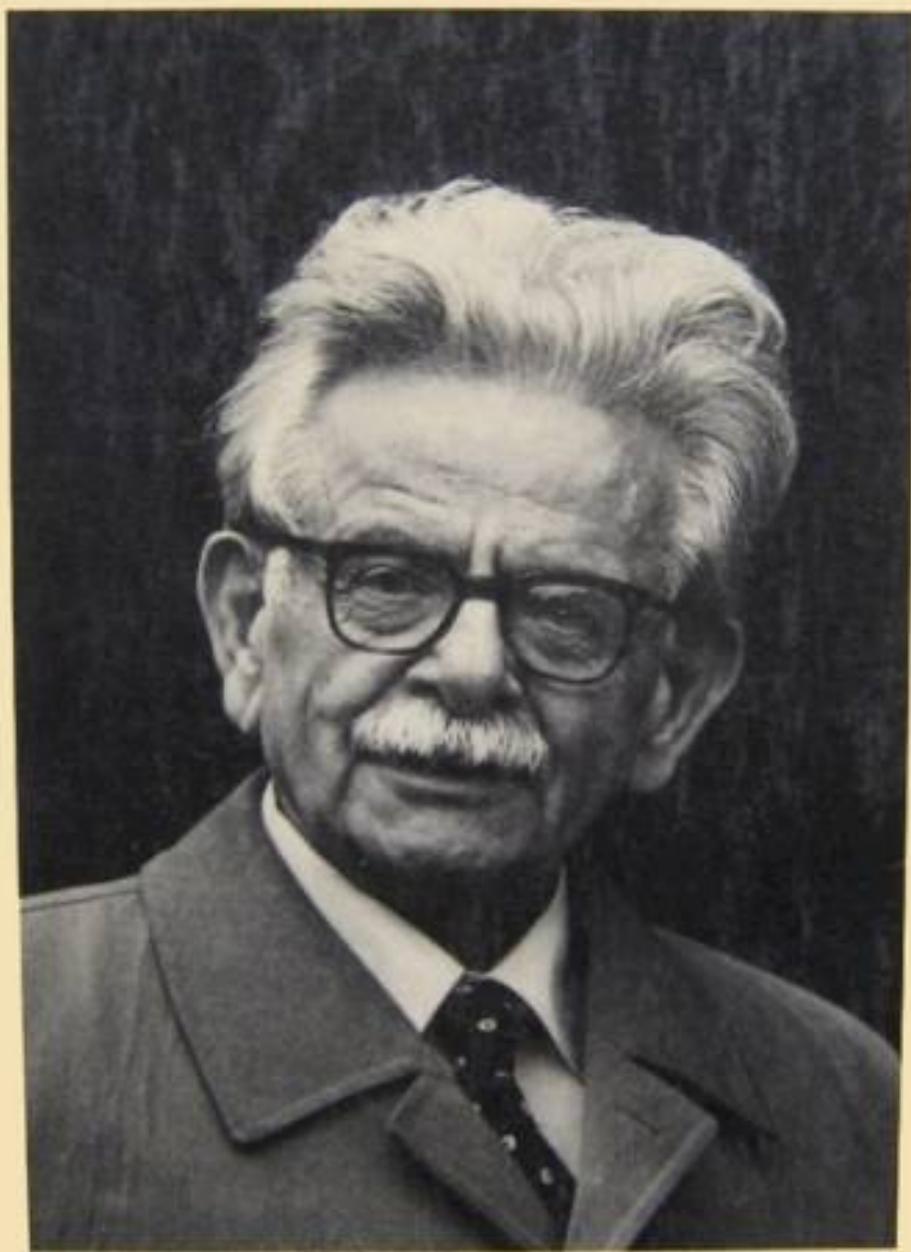


*Elias Canetti*

**EL CORAZÓN SECRETO  
DEL RELOJ**



Con *El corazón secreto del reloj*, que abarca de 1973 a 1985, Canetti completa sus aforismos publicados bajo el título *La provincia del hombre* (aquéllos iban de 1942 a 1972). Se trata esta vez de la década durante la cual escribió su autobiografía en tres tomos (*La lengua absuelta*, *La antorcha al oído* y *El juego de ojos*), acerca de los que aquí reflexiona, se pregunta y habla. También toca, en breves ensayos, la obra de Jakob Burckhardt, Cézanne, el Ajax de Sófocles y el Lear de Shakespeare.

Son textos más breves aún, más concentrados, más agudos. En ellos Canetti se muestra también más personal, más íntimo. La sabiduría, los valores, el destino, la ironía, lo grotesco, son elementos de la indagación corrosiva e implacable de toda una vida dedicada a dar nuevas respuestas a nuevas preguntas.

## Índice de contenido

Cubierta

El corazón secreto del reloj

1973

1974

1975

1976

1973

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

Sobre el autor

*A Hera Canetti*

1973

El proceso de escribir tiene algo infinito. Aunque se interrumpa cada noche, la escritura como actividad es una sola y revela su máxima autenticidad cuando entra en escena sin recurrir a ningún tipo de artificio.

Esto supone, sin embargo, una confianza en el lenguaje tal como es, y me asombra poseerla en tan alto grado todavía. Los experimentos lingüísticos me han atraído poco; tomo nota de ellos, pero los evito al escribir yo mismo.

La razón es que la *sustancia* de la vida me absorbe por completo. Quien se entrega a experimentos con el lenguaje, renuncia a la mayor parte de esa sustancia; exceptuando una mínima parte, todo permanece intacto e inagotado; es como si él tocara todo el tiempo un instrumento con sólo uno de sus meñiques.

¿Por qué te rebelas contra la idea de que la muerte está ya presente en los vivos? ¿No está acaso en ti?

Está en mí porque tengo que atacarla. Para eso, y nada más, la necesito, por eso le he dado cabida en mí.

Coleccionistas de últimas miradas: cómo compadezco a los resignados que, con su muerte, renuncian a todos los que viven y han de vivir después.

Las ideas más profundas de los filósofos tienen algo de truco ilusionista. Muchas cosas desaparecen para que, de pronto, haya algo en la mano.

De tres maneras fue sobornado Schopenhauer por la muerte: por la renta de su padre, por el odio hacia su madre y por la filosofía de los hindúes.

Se considera insobornable porque no es profesor. No quiere reconocer que el más imperdonable de los sobornos, por nada reparable ya, es el de la muerte.

En eso no es un adversario útil. Lo que haya que decir en contra de él vale más decirlo contra los hindúes.

¡Cuán poco te ha desorientado Jacob Burckhardt, pese a su aceptación de Schopenhauer!

Le debes mucho a Burckhardt:

a su rechazo de cualquier sistema presuntamente deducible de la historia;

a su sensación de que nada había *mejorado*, sino todo lo contrario;

a su respeto por todo *lo que es forma*, en oposición a lo conceptual;

a su afecto por la vida realmente vivida, alimentado por la ternura de su renuncia;

a su conocimiento no cohonestado de los griegos; a su resistencia contra Nietzsche, que para mí fue muy pronto una advertencia.

La sombra que se cernía sobre el pensamiento de Burckhardt no provenía de su sensibilidad. Su entusiasmo se dirige a lo *individualizado*. Si mucho de aquello se ha marchitado, otras cosas conservan su eficacia. A él no hay por qué aceptarlo. Y no se lo puede rechazar.

No hay otro historiador del siglo pasado al que yo admire tan incondicionalmente.

Durante los años de preparación, cuando leía las cosas más diversas para prolongar el camino hacia *Masa y poder*, daba la impresión de estar perdido en un océano de lectu-

ras. Quienes advertían mi estado, me tomaban por un obseso, y hasta mis mejores amigos me daban cautos consejos. Que era superfluo no leer sino fuentes, decían, que también los grandes libros de antes se habían agotado ya mil veces, quedando reducidos a unos pocos conocimientos imperecederos. Todo lo demás era un lastre con el que no había que cargarse. Y eliminar lo innecesario era lo más importante en todo trabajo de envergadura.

Pero yo seguía remando sin gobierno en mi propio mar y me mantenía en mis trece. No tenía cómo justificar ese comportamiento, hasta que tropecé con la frase siguiente:

«Es posible que en Tucídides, por ejemplo, haya algún hecho de primer orden que alguien advierta sólo dentro de cien años». Esta frase figura en la introducción a las *Consideraciones sobre la historia universal*.

Mi deuda de gratitud más íntima para con Burckhardt, mi justificación de todos aquellos años, es esta frase.

La opinión pública despoja al ser humano de su sinceridad. ¿Existe aún alguna posibilidad de verdad pública?

La primera condición previa para que existiera sería que uno *mismo* planteara sus preguntas y no se limitara sólo a responder. Las preguntas ajenas distorsionan, uno se acomoda a ellas, acepta palabras y conceptos que debería evitar pese a quien pese.

Sólo se deberían usar palabras que se hayan cargado de un sentido nuevo.

Al borde del abismo, él se aferra a lápices.

Salvar la exageración. No morir sensatamente.

Supeditados a dioses muertos de sed.

Sobre las separaciones: di qué juego perverso has practicado siempre con las separaciones.

¿Vivir en peligro? ¿Puede haber vida más peligrosa que la de las separaciones?

Quien necesita su aire propio, quien sólo en él puede pensar, se lo procura mediante el recurso atroz de las separaciones. Es lo que ahora haces con la niña en su más tierna infancia; para poder estar con tus pensamientos, la acostumbras a las separaciones.

Intenta hablar del futuro, se siente un chapucero y enmudece.

Gente tan buena y mira a los demás como si fueran aire.

Es molesto *explicar* los apuntes sueltos, es como revocarlos.

Quien está obsesionado por la muerte, por ella se hace culpable.

Conocer a una persona durante toda una vida y callarlo.

Subordinarse, para odiar *con más precisión*.

Que Dios haya muerto o no: es imposible no hablar de él, que ha estado ahí tanto tiempo.

Todo el tiempo esquemas, en vez de las historias que no escribes. A la gente de tu entorno inmediato le quitas lo que correspondería a cien personajes.

Buscar a alguien al que no se quiere encontrar.

Veía cómo todos sus personajes se iban escondiendo en su propia juventud, la de él.

Bajo literatura universal se imaginan algo que podrían olvidar *todos juntos*.

Algunos personajes sentimentales pasan a integrarse como partes blandas en otras más duras y allí se mantienen hábilmente ocultos.

Disimular el final o agudizarlo: única alternativa.

Advirtió el efecto de sus palabras y perdió el habla.

Lo habrás puesto en duda, pero seguro que te has deseado fama. Sin embargo ¿no has deseado mil veces más lo otro: el regreso de algún muerto? Y no lo has conseguido.

Sólo se cumplen los deseos mezquinos, superfluos, vergonzosos. Los grandes, los dignos de un ser humano, no llegan a realizarse.

Ninguno volverá, ninguno vuelve nunca; podridos están aquéllos a los que odiaste, podridos están aquéllos a los que amaste.

¿Sería posible amar *más*? ¿Hacer, mediante más amor, que un muerto vuelva a la vida? ¿No habrá nadie amado suficientemente todavía?

¿O bastaría una mentira que fuera tan grande como la creación?

Las esperanzas, convertidas en verrugas secas.

Delimitar las zonas del respeto que uno espera para sí mismo. Mantener despejada la mayor parte.

Siempre que el Sol se ponía, la araña salía de su escondite y esperaba a Venus.

Me pregunta por qué tiene que blasfemar. Por auto-complacencia, diría yo.

Pero no puedo dejarle entrever mi juicio. Detesto los juicios, que se limitan a oprimir y nada cambian.

Se convertía en cualquier animal cuyo apetito estimulara.

La muta de lamentación de los elefantes: la más sobrecogedora de todas las mutas de lamentación.

El incorregible: incluso frente a los cientos de telarañas que siente cada día, anhela eternidad... ¿para quién? ¿Para las víctimas o para las arañas?

Las estrellas brillan ahora como víctimas, ahora ya no están sin nosotros.

La generación que perdió el cielo al conquistarlo.

Les arrancaba las patas a las arañas y las tiraba, indefensas, a sus propias telas.

Quien tiene demasiadas palabras, no puede estar sino solo.

Un país en el que cada diez años cambie el idioma. Oficinas de cambio para idiomas.

Gigantescas telarañas para hombres. En los bordes, animales que se instalaran cautelosamente y observaran a los prisioneros humanos.

Nada es más insoportable que *constreñirse*, estar demasiado tiempo con alguien que vigile sus propias fronteras.

Puede que sea alguien cuya sinceridad coincida exactamente con sus fronteras y que *proteja* su constricción del desorden, pero también de la maldad. De poco sirve, no obstante, decirse esto: a quien persigue la verdad, hasta la más honesta de las constricciones le resulta una tortura.

Corre a lo largo del muro fronterizo y maldice su espesor.

Desaguar el pantano de la autosatisfacción.

Alguien que, solo, fuera invencible, pero al que sus aliados debilitasen.

¿Podrá admitirse una injusticia si se desprecia a aquél contra quien se ha cometido?

Flores, complejas como catedrales.

Se construyeron un nuevo cielo constelado y escaparon.

La economía oculta de la vacilación, que funcionó durante toda una vida sin que él mismo la entendiera. Esta vacilación es el peso de su pensamiento, que sin ella sería palabrería huera.

De los hombres no le gusta lo que han olvidado. Le gusta de ellos lo que recuerdan.

El *Codex Atlanticus*, que contiene la colección de dibujos de Leonardo, ha de editarse —reproduciendo fielmente el original— en doce volúmenes y una tirada de 998 ejemplares.

«Para la encuadernación en piel se precisan las pieles de unas 12 000 vacas, pues cada una alcanza sólo para un tomo».

Lo terrible no son las contradicciones, sino su debilitamiento paulatino.

¡Cómo se le calienta el aliento entre auditores jóvenes!

Ahora se contentaría hasta con un retorno, que antes le parecía despreciable.

Lo único que no se venga de él son los apuntes sueltos.

Cuadros mutables: el cuadro de un pintor que al cabo de cierto tiempo se transforma en el de otro pintor. Transformaciones secretas e indefinibles: nunca se sabe lo que puede deparar un cuadro.

¿Qué pasará con las imágenes de los muertos que llevas en tus ojos? ¿Cómo las dejarás al morir?

Ya es difícil soportar la *propia* autocomplacencia. ¡Pero la ajena!

El atributo más funesto de Dios ha sido su grandiosidad.

El embustero noble se negaba a sí mismo cualquier mérito.

Cuando K. dice «rico» hablando de alguien, la cara se le contrae y, de pronto, se asemeja a un galgo. Se vuelve casi hermoso cuando dice «rico», y lo sería *con la rapidez* de un galgo.

La admirada, que responde tan seria y tan dueña de su destino a cualquier mirada, como si le hubieran rezado. Ella misma permanece muda. En cuanto sonría, estará perdida. Atiende a los ruegos demasiado pronto, su gratitud destruye su belleza.

Se aferra a sus viejas obras como a culturas pretéritas.

El hombre de bien, disfrazado de caballo ávido de azúcar.

Esto es un aforismo, dice él, y vuelve a cerrar de golpe la boca.

Se pasa dos días a la semana sin periódicos, y hete aquí que todo sigue como ahora.

Podría ser que Dios no duerma, sino que se mantenga oculto por miedo a nosotros.

Con la edad, los sentidos se vuelven viscosos.

Filósofos en los que uno se dispersa: Aristóteles. Filósofos que no dejan levantar cabeza: Hegel.

Filósofos para inflarse: Nietzsche.

Para respirar: Xuang-Tse.

Citas olvidadizas.

Goethe consiguió esquivar la muerte. Que lo consiguiera con tal perfección, lo deja a uno frío; pero que cada testimonio de su vida cuente, lo llena a uno de admiración.

Mi melancolía nunca está libre de rabia. Me cuento entre los escritores que se enfurecen. No quiero demostrar

nada, pero siempre creo con vehemencia y propago mi fe.

¿Será por eso que Stendhal me es necesario? Me reconozco en su libertad y en su desmesurado amor por los hombres. Pero él cree sólo para sí, todo lo posible, siempre algo distinto, y como de eso yo soy incapaz, como siempre me atormenta lo mismo y quisiera que atormentase a todo el mundo, lo admiro no como a un modelo, sino como a una especie de Yo mejor, un Yo que nunca, en ningún momento, llegaré realmente a ser.

Él es más natural, no se equivoca con el éxito, la fama no le resulta cuestionable ni oprobiosa. Sin ser calculador, se da cuenta de lo que le conviene. Es rápido, escribe mucho y lo deja reposar. En otros tiempos yo creía hacer lo mismo.

Ya no sabría enumerar a todos mis muertos. Si lo intentara, olvidaría a la mitad. ¡Son tantos y están en tantos sitios! Tengo muertos dispersos por toda la Tierra. Y así la Tierra entera es mi patria. Casi no queda un país que aún tenga que hacer mío; los muertos ya lo han hecho por mí.

Si escribes tu vida, en cada página tendría que haber algo que ningún hombre haya oído nunca.

Unamuno me gusta: tiene los mismos malos atributos que conozco por mí mismo, pero jamás se le ocurriría avergonzarse de ellos.

Resulta que eres un compuesto de varios españoles: Rojas (el autor de *La Celestina*), Cervantes, Quevedo, de cada uno algo.

Stendhal es más bien italiano, a través de Ariosto y de Rossini. Incluso a Napoleón se lo explicó como italiano.